

TORRES VILLARROEL:
AUTOBIOGRAFÍA BURGUESA AL HISPÁNICO MODO

Los historiadores de la literatura española que se han ocupado de Torres Villarroel han repetido la imagen convencional de un picarón trasnochado, de un fósil del siglo xvii. En una muy estimable historia de la literatura española se dice todavía hoy que Torres Villarroel «se llama a sí mismo un nuevo Lazarillo, Guzmán o Gregorio Guadaña». Y se concluye: «[Torres Villarroel] es una realización efectiva de la novela picaresca». El autor parece olvidar que Torres Villarroel dice justamente que no es ninguno de los personajes aludidos: «ni soy éste ni aquél ni el otro; y por vida mía que se ha de saber quién soy». Un historiador de la cultura española tan meticuloso como el Dr. Marañón tampoco es muy justo con Villarroel: diríase que lo engloba en su conocida antipatía a la novela picaresca y lo llama «famosísimo tunante», «embaucador», «escritor sinvergüenza». Lo considera, por supuesto, como un español casi contrario a su propio tiempo, al siglo xviii de su admirado Feijóo. Se podrían citar aquí muchas más opiniones semejantes. Casi la única excepción es la de Gerald Brennan en su personalísima historia de la literatura española: Torres Villarroel es, según Brennan, «in every way a man of his age». Esta misma tesis someto ahora a la consideración del lector.

Un comodín pedagógico del cual ningún profesor de literatura ha escapado es el contraste entre el impersonalismo del siglo xviii y el subjetivismo romántico, entre la faz casi anónima del caballero racional y el yoísmo desenfrenado de los llamados «hijos del siglo». Sin duda ese comodín, como tantos otros, desempeña una función indispensable en las tareas docentes: pero es también, como diría nuestro Padre Feijóo, un patente error común. Porque el siglo de las luces es una de las grandes

· «Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo», *Papeles de Son Armadans*, CVIII (1965), pp. 296-306. (THEH).

épocas de la autobiografía en el mundo euro-americano: el germanista británico Roy Pascal, en su libro sobre la autobiografía (*Design and truth in autobiography*) considera que la época clásica de la autobiografía es justamente la segunda mitad del siglo XVIII. Recordemos simplemente ahora que el siglo XVIII es el siglo de Franklin, de Gibbon, de Boswell, de Rousseau, de Goldoni, de Alfieri, y también de Goethe. Aunque no puede decirse que todos estos escritores querían en igual grado dejar constancia de su propia singularidad anímica, todos comparten sin embargo un mismo afán en mostrarnos a sus yos en sus circunstancias y todos concuerdan con la actitud de complacencia retrospectiva tan bien expresada y representada por Benjamín Franklin: «Having emerged from the poverty and obscurity in which I was born and bred, to a state of affluence and some degree of reputation in the world, and having gone so far with a considerable share of felicity...» El ascenso social y económico de un hombre originariamente «oscuro»: he aquí el tema de muchas autobiografías, diríamos también que de muchas vidas reales del siglo XVIII. El móvil de la autobiografía, del relato de ese ascenso, es forzosamente diferente al de las autobiografías anteriores: no hay en el siglo XVIII el tono autobiográfico que podríamos llamar *penitencial*. Todos recordamos que Ortega y Gasset decía que en España no había memorias porque los españoles concebían la vida como un permanente dolor de muelas: y señalaba que en otros países abundaban las memorias y los textos autobiográficos porque los autores recordaban con placer la vida pasada. Podríamos decir que esto es muy propio del siglo XVIII: y es lo que corresponde en la historia social al ascenso de la burguesía. Tengamos presente que con mucha frecuencia en la historia humana una clase social «rompe a hablar» autobiográficamente: se ha interpretado así, la novela picaresca, con algo de acierto histórico, como «la autobiografía del pobre». Señalemos también que todos los autorretratistas que hemos mencionado eran hombres de letras, escritores profesionales: y el siglo XVIII representa también el ascenso social y económico de los escritores. A la complacencia

del burgués se suma la del escritor, en cuanto profesional que también ha triunfado social y económicamente.

Sé que hablar de «burguesía» y de «escritores burgueses» es, entre algunos españoles e hispanistas, poco menos que pecado de lesa hispanidad. Aunque también es cierto que desde hace una media docena de años abundan, en las publicaciones en lengua castellana tanto de la extrema izquierda como del integrismo actual, las utilizaciones caprichosas y desdeñosas del vocablo «burgués». Pero este mal uso de un válido concepto histórico no debe impedirnos el tratar de aplicarlo con el mayor rigor posible. Conviene, además, recalcar que sólo empleando normas genéricas podemos llegar a establecer cotejos y aproximaciones que nos permitan precisar los rasgos verdaderamente originales de los escritores de las Españas y las Américas. Al hablar así de la autobiografía burguesa de Torres Villarroel trato ante todo de situar al escritor salmantino en su propia hora de Europa. Esto implica, evidentemente, una definición relativamente «manejable» (en este breve espacio) de *burgués*. Propongo la siguiente, resumiendo observaciones de muy variada procedencia: el burgués es el hombre que no tiene más que su tiempo y que «n consecuencia trata de venderlo. *Time is money*: y, claro está, para el burgués el dinero es una finalidad esencial. La mentalidad burguesa se caracteriza también por su actitud ante los objetos: al burgués sólo le interesan los objetos vendibles o comprables. La mentalidad burguesa se opone así al cuidado del artesano —recordemos al admirable y morosísimo carpintero sevillano mencionado por Pedro Salinas: «a los muebles hay que darles lo suyo»— o del artista (Flaubert, supremo artista, despreciaba todo lo que él consideraba prisa burguesa). Y así el burgués-escritor considera, lógicamente, sus libros como objetos vendibles o al menos mercables. Esta actitud ante el libro, ante el propio objeto-libro, aparece en muchísimos escritores del siglo XVIII, pero quizá en ninguno tan claramente como en Torres Villarroel: como sucede con harta frecuencia en la historia española, un rasgo general euro-americano aparece en España en una

forma más elemental y más clara, históricamente hablando. Porque dudo que en todo el siglo XVIII haya un escritor que haya sabido vender su tiempo y escribir libros como objetos vendibles mejor que Torres Villarroel.

El primer móvil de su misma autobiografía es económico. En su prólogo al lector escribe: «Tú dirás que Torres ha hecho negocio en burlarse de sí mismo y yo diré que tienes razón como soy cristiano». De nuevo: «Dirás últimamente que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la intención de venderme la vida y yo diré que me haga buen provecho». Torres Villarroel insiste además en que su pobreza originaria explica las características de sus obras: «si mi pobreza no hubiera sido tan porfiada y revoltosa serían mis papeles más limpios, más doctrinales, más ingeniosos y apetecibles». Añade que sus obras siempre salieron «atropelladas» desde su bufete a la imprenta. En suma, como él mismo dice, «cada pobre puede hacer de su vida un sayo y más cuando la diligencia puede acabar en hacer un sayo para su vida». Diligencia que en Torres Villarroel alcanza tan alto grado de eficacia económica como en los más avisados escritores de otros países en su siglo. Recordemos de nuevo que el siglo XVIII representa un crecimiento enorme del público lector, y que muchos escritores pueden vivir de su pluma; en particular gracias al nuevo sistema de las suscripciones. En la historia española carecemos todavía de estudios sobre las condiciones económicas concretas de la vida intelectual, pero entre unos datos y otros se puede inferir que las suscripciones desempeñaron un papel muy importante en el siglo XVIII. El escritor se siente más libre, más respetado. Torres Villarroel estaba muy orgulloso de que sus obras fueran las primeras, según él, «que han salido al público con el beneficio de la suscripción». Esto no había tenido sólo evidentes ventajas económicas para él: había sido también beneficioso para todos. Así escribe al final del «trozo» quinto de su autobiografía: «Tengan fin venturoso mis papeles, repitiendo gracias a las comunidades y personas que han honrado mi humildad y han concurrido a este bien apreciable del público». Porque Torres Villarroel considera que no sólo los

escritores sino también los lectores salen beneficiados del nuevo sistema: «entre todos hemos abierto en España una puerta por donde los aplicados a los libros y los autores de ellos entren sin tanta pérdida de sus intereses y del tiempo a recoger el gusto y el premio de sus tareas y trabajos». O sea: aquí de nuevo vemos a Villarroel un poco como Franklin en consonancia complaciente con su época, con el progreso profesional y económico que representan las suscripciones.

Pero en cuanto a la autobiografía misma, en cuanto a su expansión personal, esas listas de suscriptores representan para Torres Villarroel algo más que dinero: son un respaldo social, y esto apunta también a otra característica, quizá de las más importantes, de la autobiografía de Torres.

Su casi único biógrafo contemporáneo, García Boiza, señalaba la contradicción palpable entre el relato de Torres Villarroel y los datos biográficos auténticos. Y se preguntaba: «¿Por qué don Diego afeaba su propia vida, sus obras y su reputación?». García Boiza mostró apoyado en diversos documentos que Torres Villarroel era administrador de propiedades aristocráticas y que tenía ingresos considerables —el equivalente de 12.000 pesetas de 1918— que llevaba meticulosamente sus cuentas, que se ocupaba de sus numerosos sobrinos, y que practicaba muy generosamente la caridad. En una palabra, un hombre nada picarón, la imagen misma del burgués. García Boiza publicó también documentos universitarios que revelan a un Torres Villarroel bastante próximo a algunos de los intelectuales reformadores de su tiempo: por el tono y el contenido de sus intervenciones en el claustro universitario de Salamanca o ante el Consejo de Castilla sería imposible reconocer al autor de los textos autobiográficos. ¿A qué móvil respondió, pues, finalmente la autobiografía de Villarroel?

Aquí aparece el otro móvil, más complejo y profundo, del autobiografismo de Torres Villarroel. Berenson, ha observado que en todo tiempo las individualidades fuertes tienen que expresarse en forma bufonesca. Berenson no hizo más que esbozar esta observación: y es

posible que pensara en el caso frecuente del hombre social y económicamente oprimido o al menos «limitado» que encuentra en la expansión bufonesca la forma de expresar su individualidad, su yo, y de imponerse a la sociedad de su tiempo: han abundado los bufones entre los cristianos nuevos en España y los «cómicos» entre los judíos en los Estados Unidos. No podemos entrar, por supuesto, en este tema pero es evidente que en Torres Villarroel la expansión autobiográfica equivale a esa vía de acceso bufonesca. El mismo Torres escribe lo siguiente:

«Algunos enemigos dicen que quizá por bufón me vienen a mí estas remuneraciones y piedades... yo no les puedo sacar de esta duda: lo que les aseguro es que soy para bufón patente más frío que un carámbano».

O sea que Torres Villarroel afirma que él nunca ha sido el típico bufón cortesano más o menos servil. Aquí tenemos quizá la originalidad de su expansión autobiográfica bufonesca:

«a mis solas y desde mi bufete hecho en la calle algunas de las que ellos nombran bufonadas que a la vuelta de alguna risa me han traído el pan y la estimación... y por no pedir y por no pretender he querido antes pasar por los sonrojos de bufón envergonzante que por las frecuencias de pretendiente importuno o pedigüeño entrometido».

Diríamos, en suma, que Torres Villarroel afirma su independencia moral y económica con la creación de una personalidad literaria bufonesca. ¿Pero sólo por motivos económicos y sociales? ¿A qué respondía finalmente ese deseo de exhibición de sus inventadas aventuras picarescas? Porque yo casi me atrevería a afirmar que Torres Villarroel apenas tuvo aventura alguna en su vida.

Podría encontrarse de inmediato una respuesta en la teoría histórica sobre España de mi maestro Américo Castro: y, sin duda, Torres Villarroel

es el típico español cuyo yo personal se niega a quedar oculto en segundo plano. Pero, por otra parte, el español justamente no suele confesarse tan públicamente como lo hace Torres Villarroel: hasta podría decirse que el español en cuanto dominado por los valores aristocráticos se opone congénitamente a la exhibición bufonesca.

En la bufonada está sin embargo la clave del hispánico modo del autobiografismo burgués de Torres Villarroel. Volvamos a nuestro punto de partida histórico, a las autobiografías transpirenaicas y de este lado del Atlántico. Si contrastamos algunas de ellas (la de Franklin por ejemplo) con la de Torres Villarroel observamos que hay en aquellos autores una fundamental seguridad, una confianza que no se encuentra en Torres. Esto es, son casi siempre autobiografías de *self-made* men que cuentan con un principio de narración que es el mismo principio de organización de su personalidad: Franklin (también autor de almanaques como Torres) piensa como otros que los principios organizadores, canalizadores de su personalidad —lo que él llama «the conducting means»— son como un patrimonio transmisible. Torres no ve, en cambio, líneas claras en el desarrollo de su personalidad: «Todos los libros —escribe— están hechos por hombres y precisamente han de ser defectuosos y oscuros como el hombre». Hay en Torres un sentimiento ante su vida parecido al que expresa tan villarroelmente Gómez de la Serna al hablar de *automoribundia*. Sí, Torres es desde luego el burgués satisfecho, que dice que está «regularmente risueño», que enumera con marcada complacencia sus elevadísimos ingresos anuales, pero en Torres hay también la conciencia de una imposibilidad: «Yo no puedo fundirme la humanidad ni formarme otro espíritu».

Torres ha hecho un sayo con su vida originaria de pobre y ha sabido vender su tiempo —su *vitalidad* como él dice— y ha alcanzado un alto nivel

· Véase el reciente y excelente trabajo de David Levin sobre la autobiografía de Franklin en la *Yale Review*, invierno 1964 (LIII, pp. 258-275).

social y económico, pero en Torres opera fuertemente el sentimiento de dependencia respecto a un creador, opera fuertemente el sentimiento de que todo está en las manos del más allá. María Zambrano, ha dicho (*La confesión: género literario y método*. Cuadernos de Luminar, México, 1943) que la queja a lo Job no es propiamente una confesión: «Es la pura queja porque no cree que él tenga que hacer nada, porque su desesperación y su esperanza son inmediatas». Añade: «Job no ha descubierto todavía la interioridad porque se siente una nada dependiente de la divinidad, no cree en su propio ser». Esto puede aplicarse totalmente a la autobiografía al hispánico modo de Torres Villarroel: porque, finalmente, sus bufonadas ocultan y revelan a la vez esa terrible presencia del sentimiento de la nada que a veces exalta y que siempre atenaza al hombre de los países de lengua castellana. No sigamos, pues, a los historiadores que mencionaba al principio: Torres Villarroel es un complacido burgués del siglo XVIII español, pero en su aire risueño, en sus cómicas bufonadas se oculta y se revela el sentimiento trágico de la vida. El catedrático de Salamanca del siglo XVIII y el del siglo XX no están tan lejos como pudiera parecer.